

Arrepentimiento y Perdón (Cap. 10)

El poder transformador de la honestidad y la humildad

Antes de que Louis Zamperini comenzara primer grado, ya fumaba cigarrillos. A los ocho años, ya bebía. El coraje del niño podría explicar cómo sobrevivió a una vida de experiencias cercanas a la muerte.

Louis fue intimidado de niño y desarrolló un gusto temprano por la venganza. Cuando su padre le enseñó a boxear en defensa propia, Louis se adaptó inmediatamente, emocionado de poder golpear a sus agresores. "Era tan bueno en eso que empecé a deleitarme con la idea de desquitarme", dijo. "Era una especie de adicto a ello".

Su hermano mayor animó a Louis a unirse al equipo de atletismo de la escuela para mantenerlo alejado de problemas. Fue la opción perfecta: Louis se convirtió en una estrella instantánea. Estableció récords y, a los diecinueve años, compitió en los Juegos Olímpicos.

Pero los buenos tiempos no duraron. La Segunda Guerra Mundial estaba en pleno apogeo, y Louis pronto se encontró en el Cuerpo Aéreo del Ejército, estacionado en Hawái como bombardero. Allí, enfrentó uno de los mayores desafíos de su vida: batallas aéreas contra los japoneses.

En 1943, cuando Louis y su tripulación fueron enviados en una misión para buscar un bombardero desaparecido, el motor de su avión falló y se precipitaron al océano. Louis y otros dos supervivientes lograron subir a una balsa, pero no tenían forma de pedir ayuda. Durante semanas, flotaron en medio del océano, sobreviviendo solo con sorbos de agua de lluvia y unos pocos peces y pájaros que lograron atrapar y comer crudos. A medida que la deshidratación y el hambre los debilitaban, las amenazas a su alrededor se magnificaban. Los tiburones atacaban la balsa día y noche, por lo que los hombres los golpeaban constantemente con remos para ahuyentarlos.

Después de veintisiete días en el mar, experimentaron una oleada de esperanza cuando un avión finalmente apareció sobre sus cabezas. Louis disparó bengalas para llamar su atención, y el avión se dirigió hacia ellos. Pero en lugar de ayudarlos, los tripulantes de la aeronave comenzaron a dispararles con ametralladoras. Louis había alertado inadvertidamente a un bombardero japonés de su ubicación. El enemigo acribilló la balsa con agujeros de bala. Mientras comenzaba a hundirse, Louis y los otros dos hombres repararon frenéticamente la balsa mientras pateaban y golpeaban a los tiburones para alejarlos.

El día treinta y tres, uno de los hombres murió. Para el día cuarenta y siete, parecía que Louis y el otro superviviente también morirían. Pero entonces, vieron tierra por primera vez desde el accidente. Desafortunadamente, mientras remaban hacia la isla distante, un barco japonés los interceptó y los tomó prisioneros.

Durante los siguientes dos años, Louis estuvo cautivo por el ejército japonés. Pensó que nada podría ser peor que estar perdido en el mar, pero se equivocó. Como prisionero, experimentó un nivel de tortura que nunca podría haber imaginado. Fue golpeado, hambriento, interrogado, forzado a trabajos forzados y sometido a experimentos médicos.

Un guardia despiadado, apodado El Pájaro, atormentó a Louis sin cesar. Justo cuando parecía que Louis no sobreviviría un día más, la guerra terminó, y Louis fue rescatado milagrosamente.

Fue una asombrosa historia de rescate, pero no fue un final feliz, al menos no todavía. Louis estaba atormentado por los recuerdos de El Pájaro y el abuso que había sufrido como prisionero de guerra. Todas las noches, Louis tenía pesadillas, y todos los días, tenía perturbadores flashbacks. No encontraba alivio. Empezó a beber en exceso, pero no podía ahogar los recuerdos. Estaba lleno de rabia y obsesionado con la idea de ir a Japón para localizar a El Pájaro y estrangularlo.

El impulso de luchar que había estado dentro de él desde la infancia ahora lo estaba destruyendo. Él y su esposa esperaban su primer hijo, pero sus pensamientos no estaban en su familia. Solo podía pensar en una cosa: la venganza.

Con su esposa amenazando con irse si algo no cambiaba, Louis accedió a la petición de su esposa de asistir a una reunión evangelística, donde predicaba un joven ministro llamado Billy Graham. Mientras estaba sentado en esa tienda, Louis luchó contra los inquietantes flashbacks de la guerra mientras el evangelio penetraba en su corazón. Rindió su vida a Dios, y sintió que la amargura y el odio se disipaban.

Después de esa noche, Louis nunca volvió a tener otra pesadilla o flashback. Nunca volvió a beber. Regresó a Japón, pero ya no tenía la intención de matar a El Pájaro. En cambio, se reunió con muchos guardias de sus días de prisionero y les dijo que los había perdonado. No encontró a El Pájaro, pero le escribió una carta diciéndole que todo estaba perdonado.¹

Cómo ofrecer perdón te libera

Retener el perdón puede parecer una muestra de poder, pero en realidad debilita a la persona que se aferra al resentimiento y la ira. Como ilustra la vida de Louis Zamperini, la falta de perdón nos mantiene cautivos y corroe el corazón.

A lo largo de la Biblia, vemos cómo el perdón es necesario para relaciones saludables con Dios, los demás y nosotros mismos. Podríamos pensar que podemos negar el perdón a una persona sin afectar otras áreas de nuestras vidas, pero la falta de perdón no está aislada. Se filtra en nuestras otras relaciones. Jesús dejó clara la correlación cuando dijo que Dios no nos perdona cuando nosotros no perdonamos a los demás: «Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, también vuestro Padre celestial os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas» (Mateo 6:14,15).

El Padre Nuestro destaca la misma conexión: «Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores» (versículo 12). Solo cuando perdonamos a los demás somos liberados para recibir el perdón nosotros mismos.

Si te aferras a un dolor y anhelas una disculpa de tu ofensor, hay algo más que debes saber. Se nos dice que perdonemos, incluso si la disculpa nunca llega: "No debemos pensar que a menos que aquellos que nos han herido confiesen el mal, estamos justificados al negarles nuestro perdón. Es su parte, sin duda, humillar sus corazones con arrepentimiento y confesión; pero nosotros debemos tener un espíritu de compasión hacia aquellos que han pecado contra nosotros, ya sea que confiesen o no sus faltas".²

Perdonar a los demás, especialmente cuando no se disculpan, es un acto de humildad y rendición. Libera a Dios al malhechor y cualquier daño que hayan causado. Es una declaración de confianza en Aquel que puede tomar incluso las peores situaciones y traer restauración.

En el Antiguo Testamento, José exhibe este tipo de perdón hacia los demás y confianza en Dios. De joven, José fue traicionado por sus propios hermanos. Aquellos que debieron haber sido sus protectores fueron sus ofensores. Años más tarde, cuando los enfrentó, pudo decir con confianza que los perdonó porque sabía que Dios estaba sacando bien incluso del dolor. José los miró a los ojos y dijo: «Vosotros pensasteis hacerme mal, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que hoy vemos» (Génesis 50:20). Él vio que Dios había usado su dificultad para bendecirlo y ponerlo en un lugar para ayudar a otros.

¿Cuánto tiempo debo seguir perdonando?

Como todas las cosas en la vida, el perdón tiene más sentido cuando lo consideramos desde la perspectiva de Dios. La visión general siempre ayuda. Jesús enseñó que si tienes dificultad para perdonar a alguien, retrocede un paso y considera todo el perdón que Dios te ha ofrecido.

Esto es lo que Jesús le dijo a Pedro que hiciera cuando Pedro le preguntó cuántas veces debíamos perdonar a los demás. Para poner las cosas en perspectiva, Jesús le contó una historia: Un siervo le

debía a un rey una deuda enorme, pero el rey tuvo compasión de él y le perdonó la deuda. El siervo luego se fue y encontró a un consero que le debía una pequeña cantidad, meros centavos en comparación con la deuda que el rey misericordioso le había perdonado.

En lugar de extender la misma gracia que acababa de recibir, el siervo perdonado puso al otro siervo en un estrangulamiento: «Y asíéndole, le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes» (Mateo 18:28). Su consero le suplicó misericordia, pero el siervo perdonado se negó y envió al deudor a prisión.

Una vez que el rey se enteró de esto, envió al siervo desagradecido a prisión hasta que pagara todo lo que debía. Jesús terminó la historia con una advertencia: «Así también mi Padre celestial hará con vosotros, si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano» (Mateo 18:35).

En *_Lecciones objetivas de Cristo_*, Ellen White escribe sobre esta parábola: "El perdón otorgado por este rey representa un perdón divino de todo pecado. Cristo es representado por el rey, quien, movido por compasión, perdonó la deuda del siervo. El hombre estaba bajo la condenación de la ley quebrantada. No podía salvarse a sí mismo, y por esta razón Cristo vino a este mundo, revistió su divinidad con humanidad, y dio su vida, el justo por los injustos. Se dio a sí mismo por nuestros pecados, y a cada alma ofrece libremente el perdón comprado con sangre..."

Aquí está el fundamento sobre el cual debemos ejercer compasión hacia nuestros semejantes pecadores. «Si Dios así nos ha amado, también nosotros debemos amarnos unos a otros» (1 Juan 4:11). «De gracia recibisteis —dice Cristo—, dad de gracia» (Mateo 10:8)."³

Cuando mantenemos la *_visión general_* en mente —que se nos ha dado libremente el "perdón divino de todo pecado"— podemos extender el perdón a los demás. Por supuesto, ofrecer perdón no significa que debamos permanecer en situaciones inseguras o abusivas o mantener una relación con nuestros ofensores. Significa que los entregamos a Dios y dejamos de cargar con la abrumadora carga emocional de la falta de perdón.

Sin excusas: pidiendo sinceramente perdón a Dios

Ahora que hemos explorado nuestra responsabilidad de ofrecer perdón a los demás, es hora de dirigir nuestra atención a otra responsabilidad: pedirle a Dios que nos perdone.

En su libro *_El peso de la gloria_*, C. S. Lewis dice que a veces pensamos que le estamos pidiendo perdón a Dios, pero solo estamos poniendo excusas por nuestras acciones. Él escribe:

"Me doy cuenta de que cuando creo que le estoy pidiendo perdón a Dios, a menudo en realidad (a menos que me observe muy cuidadosamente) le estoy pidiendo que haga algo completamente

diferente. Le estoy pidiendo que no me perdone, sino que me excuse. Pero hay una diferencia abismal entre perdonar y excusar. El perdón dice: 'Sí, has hecho esto, pero acepto tu disculpa; nunca te lo tendré en cuenta y todo entre nosotros dos será exactamente como antes.' Si uno no era realmente culpable, entonces no hay nada que perdonar. En ese sentido, perdonar y excusar son casi opuestos... El problema es que lo que llamamos 'pedir perdón a Dios' muy a menudo consiste en pedirle a Dios que acepte nuestras excusas."⁴

Para tener una relación próspera con Dios, debemos ser honestos con nosotros mismos y con Él. Sin excusas, sin mentiras, solo confesión honesta y arrepentimiento de nuestros pecados. Cuando hacemos eso, se nos promete la alegría y la paz del perdón total: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda iniquidad» (1 Juan 1:9). A menudo, el instinto humano natural es ocultar nuestras fallas y malas acciones, pero con un Dios amoroso que está ansioso por perdonar, nuestra liberación llega cuando somos honestos. Como dijo Jesús, «la verdad os hará libres» (Juan 8:32).

Hay un viejo dicho: *“Amar significa nunca tener que decir lo siento”*. Pero con Dios, lo opuesto es cierto: Amar significa pedirle perdón a Dios y a los demás. Afortunadamente, amar también significa recibir perdón, todo lo que necesitas, cuando confiesas y te disculpas. Como nos recuerda 1 Pedro 4:8, el amor no ignora los pecados, los cubre con gracia y perdón: «Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados».

¡Qué alivio arrepentirse!

Jesús, Juan el Bautista, Pedro y los primeros cristianos predicaron un mensaje compartido: *«¡Arrepentíos!»* Los creyentes todavía predicán el mismo mensaje hoy, pero a menudo hay cierta confusión sobre lo que significa exactamente arrepentirse. En pocas palabras, el arrepentimiento incluye dos cosas: "dolor por el pecado y un apartamiento de él".⁵

Un malentendido común sobre el arrepentimiento es que uno se arrepiente si se siente mal por algo. En *_El camino a Cristo_*, Ellen White explica: "Hay muchos que no entienden la verdadera naturaleza del arrepentimiento. Multitudes se lamentan de haber pecado e incluso hacen una reforma externa porque temen que sus malas acciones les traigan sufrimiento. Pero esto no es arrepentimiento en el sentido bíblico. Lamentan el sufrimiento más que el pecado."⁶

En otras palabras, el hecho de que lamente haber sido herido por un pecado no significa que estés arrepentido. El verdadero arrepentimiento reconoce que el camino de Dios es mejor y desecha el camino del pecado.

Otro malentendido sobre el arrepentimiento es que debes arrepentirte de cada mala acción antes de poder venir a Cristo. Ellen White expone sobre esto en El camino a Cristo:

"Precisamente aquí hay un punto en el que muchos pueden errar, y por lo tanto no reciben la ayuda que Cristo desea darles. Piensan que no pueden venir a Cristo a menos que primero se arrepientan, y que el arrepentimiento prepara para el perdón de sus pecados. Es cierto que el arrepentimiento precede al perdón de los pecados; porque solo el corazón quebrantado y contrito sentirá la necesidad de un Salvador. Pero, ¿debe el pecador esperar hasta haberse arrepentido antes de poder venir a Jesús? ¿Debe el arrepentimiento convertirse en un obstáculo entre el pecador y el Salvador?"

La Biblia no enseña que el pecador deba arrepentirse antes de poder atender la invitación de Cristo: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mateo 11:28)...

... ¡Cuántos hay que piensan que no son lo suficientemente buenos para venir a Cristo!... No debemos esperar persuasiones más fuertes, mejores oportunidades o temperamentos más santos. No podemos hacer nada por nosotros mismos. Debemos venir a Cristo tal como somos."⁷

Un malentendido adicional sobre el arrepentimiento es que nos dejará sintiéndonos condenados y derrotados. Todo lo contrario es cierto: el arrepentimiento es refrescante y liberador. Hechos 3:19 dice: «Así que, arrepentíos y convertíos, para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio». ¡Tiempos de refrigerio! Qué alivio es arrepentirse.

1. Laura Hillenbrand, "Louie Zamperini: The Power of Forgiveness," God's Grace, <https://guideposts.org/angels-and-miracles/miracles/gods-grace/louie-zamperini-the-power-of-forgiveness/>; Laura Hillenbrand, Unbroken: A World War II Story of Survival, Resilience, and Redemption (Nueva York: Random House, 2010).

2. Ellen G. White, Pensamientos desde el Monte de Bendición (Mountain View, CA: Pacific Press', 1896), 113,114.

3. Ellen G. White, Lecciones objetivas de Cristo (Washington DC: Review and Herald', 1944), 244, 245.

4. C. S. Lewis, El peso de la gloria (Nueva York: HarperCollins, 1980), 178-179.

5. Ellen G. White, El camino a Cristo (Mountain View, CA: Pacific Press', 1892), 23.

6. White, El camino a Cristo, 23.

7. White, El camino a Cristo, 26-31.